



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 26 de octubre de 1988

**Valor sustitutivo y representativo del sacrificio de Cristo,
víctima de expiación "por los pecados" de todo el mundo**

1. Tomemos de nuevo algunos conceptos que la tradición de los Padres ha sacado de las fuentes bíblicas en el intento de explicar las "riquezas insondables" (Ef 3, 8) de la redención.

Ya hemos aludido a ellos en las últimas catequesis, pero merecen ser ilustrados, de forma más particularizada por su importancia teológica y espiritual.

2. Cuando Jesús dice: "*El Hijo del hombre... no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos*" (Mc 10, 45) resume en estas palabras el objetivo esencial de su misión mesiánica: "dar su vida en rescate". Es una misión redentora. Lo es para toda la humanidad, porque decir, "en rescate por muchos", según el modo semítico de expresar los pensamientos, no excluye a nadie. A la luz de este valor redentor habla sido ya vista la misión del Mesías en el libro del Profeta Isaías, y, particularmente, en *los "Cánticos del Siervo de Yahvé"*: "¡Y con todo eran nuestras dolencias las que Él llevaba y nuestros dolores los que soportaba! Nosotros le tuvimos por azotado, herido de Dios y humillado. Él ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestras culpas. Él soportó el castigo que nos trae la paz, y con sus cardenales hemos sido curados" (Is 53, 4-5).

3. Estas palabras proféticas nos hacen comprender mejor lo que Jesús quiere decir cuando habla de que el Hijo del hombre ha venido "para dar su vida en rescate por muchos". Quiere decir *que ha dado su vida "en nombre" y en sustitución de toda la humanidad*, para liberar a todos del pecado. Esta "sustitución" *excluye* cualquier participación en el pecado por parte del Redentor. Él

fue absolutamente inocente y santo. *Tu solus sanctus!* Decir que una persona ha sufrido un castigo *en lugar* de otra implica, evidentemente, que ella no ha cometido la culpa. En su sustitución redentora (*substitutio*), Cristo, precisamente *por su inocencia y santidad "vale ciertamente lo que todos"*, como escribe San Cirilo de Alejandría (*In Isaiam* 5, 1; PG 70, 1.176; *In 2 Cor* 5, 21; PG 74, 945). Precisamente porque "no cometió pecado" (*1 Pe* 2, 22), pudo tomar sobre sí lo que es efecto del pecado, es decir, el sufrimiento y la muerte, dando al sacrificio de la propia vida un valor real y un significado redentor perfecto.

4. Lo que confiere a la sustitución su valor redentor no es el hecho material de que un inocente haya sufrido el castigo merecido por los culpables y que así la justicia haya sido satisfecha de algún modo (en realidad, en tal caso se debería más bien hablar de grave injusticia). El valor redentor, por el contrario, viene de la realidad de que Jesús, siendo inocente, se ha hecho, por puro amor, solidario con los culpables y así ha transformado, desde dentro, su situación. En efecto, cuando una situación catastrófica como la provocada por el pecado es asumida por puro amor en favor de los pecadores, entonces tal situación ya no está más bajo el signo de la oposición a Dios, sino, al contrario, bajo el de la docilidad al amor que viene de Dios (cf. *Gál* 1, 4) y se convierte, de esta forma, en fuente de bendición (*Gál* 3, 13-14). Cristo, ofreciéndose a sí mismo "en rescate por muchos" ha llevado a cabo hasta el fin su *solidaridad con el hombre, con cada hombre, con cada pecador*. Lo manifiesta el Apóstol cuando escribe: "El amor de Cristo nos apremia al pensar que, si uno murió por todos, todos por tanto murieron" (*2 Cor* 5, 14). Cristo, pues, se hizo solidario con cada hombre en la muerte, que es un efecto del pecado. Pero esta *solidaridad* de ninguna forma era en Él efecto del pecado; *era, por el contrario, un acto gratuito de amor purísimo*. El amor "indujo" a Cristo a "dar la vida", aceptando la muerte en la cruz. Su solidaridad con el hombre en la muerte consiste, pues en el hecho de que sólo Él murió *como muere el hombre* –como muere cada hombre– pero murió *por cada hombre*. De tal forma, esta "sustitución" significa la "sobreabundancia" del amor, que permite superar todas las "carencias" o insuficiencias del amor humano, todas las negaciones y contrariedades ligadas con el pecado del hombre en toda dimensión, interior e histórica, en la que este pecado ha gravado la relación del hombre con Dios.

5. Sin embargo, en este *punto vamos más allá de la medida puramente humana del "rescate"* que Cristo ha ofrecido "por todos". Ningún hombre, aunque fuera el más santo, podía tomar sobre sí los pecados de todos los hombres y ofrecerse en sacrificio "por todos". Sólo Jesucristo era capaz de ello, porque, aún siendo verdadero hombre, era Dios-Hijo, de la misma sustancia del Padre. El *sacrificio* de su vida *humana* tuvo por este motivo un valor infinito. La subsistencia en Cristo de la Persona divina del Hijo, la cual supera y abraza al mismo tiempo a todas las personas humanas, hace posible su sacrificio redentor "por todos". "*Jesucristo valía por todos nosotros*", escribe San Cirilo de Alejandría (cf. *In Isaiam* 5, 1; PG 70, 1.176). La misma *trascendencia divina de la persona* de Cristo hace que Él pueda "representar" ante el Padre a todos los hombres. En este sentido se explica el carácter "sustitutivo" de la redención realizada por Cristo: *en nombre de todos y por todos*. "*Sua sanctissima passione in ligno crucis nobis iustificationem meruit*" enseña

el Concilio de Trento (Decreto sobre la justificación, cap. 7: *DS* 1.529), subrayando su valor *meritorio* del sacrificio de Cristo.

6. Aquí se ha de notar que este mérito es universal, es decir, valedero para todos los hombres y para cada uno, porque está basado en una representatividad universal, puesta a la luz por los textos que hemos visto sobre la sustitución de Cristo en el sacrificio por todos los demás hombres. Él valía "lo que todos nosotros", como ha dicho San Cirilo de Alejandría, podía por sí solo sufrir por todos (cf. *In Isaiam* 5, 1: *PG* 70, 1.176; *In 2 Cor* 5, 21: *PG* 74, 945). Todo ello está incluido en el designio salvífico de Dios y en la vocación mesiánica de Cristo.

7. Se trata de una verdad de fe, basada en palabras de Jesús, claras e inequívocas, repetidas por Él también en el momento de la *institución de la Eucaristía*. Nos las transmite San Pablo en un texto que es considerado como el más antiguo sobre este punto: "Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros... Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre" (*1 Cor* 11, 23). Con este texto concuerdan *los sinópticos* que hablan del cuerpo que "se da" y de la sangre que será "derramada... en remisión de los pecados" (cf. *Mc* 14, 22-24; *Mt* 26, 26-28, *Lc* 22, 19-20). También en la *oración sacerdotal* de la última Cena, Jesús dice: "Yo por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad" (*Jn* 17, 19). El eco y, en cierto modo, la precisión del significado de estas palabras de Jesús se encuentra en la primera carta de San Juan: "*Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero*" (*1 Jn* 2, 2). Como se ve, San Juan nos ofrece la interpretación auténtica de los demás textos sobre el valor sustitutivo del sacrificio de Cristo, en el sentido de la universalidad de la redención.

8. Esta verdad de nuestra fe no excluye, sino que exige, *la participación del hombre, de cada hombre*, en el sacrificio de Cristo, *la colaboración con el Redentor*. Sí, como hemos dicho más arriba, ningún hombre podía llevar a cabo la redención, ofreciendo un sacrificio sustitutivo "por los pecados de todo el mundo" (cf. *1 Jn* 2, 2), también es verdad que cada uno es llamado a participar en el sacrificio de Cristo, a colaborar con Él en la obra de la redención que Él mismo ha realizado. Lo dice explícitamente el Apóstol Pablo cuando escribe a los Colosenses: "Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y *completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo*, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (*Col* 1, 24). El mismo Apóstol escribe también: "Estoy crucificado con Cristo" (*Gál* 2, 20). Estas afirmaciones no parten sólo de una experiencia y de una interpretación personal de Pablo, sino que expresan la verdad sobre el hombre, redimido sin duda a precio de la Cruz de Cristo, y también llamado al mismo tiempo a "completar en la propia carne lo que falta" a los sufrimientos de Cristo por la redención del mundo. Todo esto se sitúa en la lógica de la alianza entre Dios y el hombre y supone, en éste último, la fe como vía fundamental de su participación en la salvación que viene del sacrificio de Jesús sobre la Cruz.

9. *Cristo mismo ha llamado y llama constantemente a sus discípulos a esta participación*: "Si

alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (*Mc* 8, 34). Más de una vez también habla de las persecuciones que esperan a sus discípulos: "El siervo no es más que su Señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros" (*Jn* 15, 20). "Lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes pero vuestra tristeza se convertirá en gozo" (*Jn* 16, 20). Estos y otros textos del Nuevo Testamento han basado, justamente, la tradición teológica, espiritual y ascética que desde los tiempos más antiguos ha mantenido la necesidad y mostrado los caminos del seguimiento de Cristo en la pasión, no sólo como imitación de sus virtudes, sino también como cooperación en la redención universal con la participación en su sacrificio.

10. He aquí uno de los puntos de referencia de la espiritualidad cristiana específica que estamos llamados a reactivar en nuestra vida por fuerza del mismo bautismo que, según el decir de San Pablo (cf. *Rom* 6, 3-4), actúa sacramentalmente nuestra muerte y sepultura sumergiéndonos en el sacrificio salvífico de Cristo: si Cristo ha redimido a la humanidad, aceptando la cruz y la muerte "por todos", esta *solidaridad de Cristo* con cada hombre contiene en sí la *llamada a la cooperación solidaria con Él* en la obra de la redención. Tal es la elocuencia del Evangelio. Así es, sobre todo, la elocuencia de la cruz. Así, la importancia del bautismo que, como veremos en su momento, actúa ya en sí la participación del hombre, de todo hombre, en la obra salvífica, en la que está asociado a Cristo por una misma vocación divina.

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

Deseo ahora saludar muy cordialmente a todos los peregrinos de lengua española. En particular a las Religiosas de María Reparadora que hacen en Roma un curso de renovación espiritual.

Igualmente a la nutrida representación de la Familia Salesiana de México, que peregrina a Roma y Turín con ocasión del centenario de la muerte de San Juan Bosco.

Finalmente saludo a los componentes de la peregrinación organizada por "Mundo Cristiano" con motivo del 25° aniversario de su fundación. A todos aliento a un decidido compromiso cristiano, dando testimonio de los valores evangélicos en la sociedad, en la vida profesional y familiar.

A todas las personas, familias y grupos procedentes de los diversos países de América Latina y de España imparto con afecto la bendición apostólica.